

Los episodios nacionales

DEMOCRACIA EN FLOR

Jaime Campmany, pluma de oro, vuelve a escribir en los periódicos tras una relativa ausencia. Su bella prosa, sus ideas claras, la transparencia dialéctica de sus escritos—recordemos aquellas crónicas, aquellos artículos, aquellos comentarios suyos perfectos, magistrales, con una dulce aureola de aticismo—, esperamos se repitan en nuestras páginas desde la colaboración que iniciamos hoy.

MIENTRAS escribo hierven y espumean los pucheros electorales. Esta noche—anoche para ustedes que leen—se cierra la ventanilla que se abrió para tragarse los candidatos de la democracia en flor. Eso habrá sido a las doce, que es la hora de las brujas, de Hitchcock y de los plazos legales. Las brujas, casi como las de Macheth, andan sueltas diciéndoles a todos: “Tú serás diputado”. Alfred Hitchcock ha contratado a Leopoldo Calvo Sotelo para protagonista de una nueva versión de “El hombre que sabía demasiado”. Y el plazo legal expira mansamente mientras continúa el baile de los hombres y de los nombres. Los señores ministros todavía andarán a estas horas realizando esa operación que explicaba Silvela y que consiste en “hacer el encaillado”, es decir, componer el encaje de bolillos con los candidatos.

Habló, habló el presidente, y a los titulares de los periódicos salta la frase “el candidato Suárez”. Aquí, en este país, ya está claro que no basta con el dedo del Pancreator. Hay que ponerse en lista. Es como si a la salida de la capilla Sixtina hubiera que pasar por la urna. A ser posible, sin romperla ni mancharla. Dicen que la Moncloa deglute nombres y regurgita candidatos. Algunos han salido expelidos para provincias y otros para el destierro del escaño. El señor Larroque, por ejemplo, muy señor mío, a pesar de ser liberal, no ha debido comprender los motivos del lobo, como pedía Pérez de Ayala a las ovejas del rebaño liberal, se ha quitado el sombrero y se ha ido a casa. Como en casa de una, ni en la gloria, que decía la santa de doña Patrocinio.

Apenas hablar el señor presidente; ese moñquetero electoral que es don Manuel Fraga, al frente de los siete magníficos, ha retado a Adolfo Suárez a singular duelo televisivo. ¡Como si Rafael Ansón no tuviera otras cosas en qué pensar! Pero el presidente, como una violeta intacta entre los tanques, había renunciado previamente a toda disputa electoral. El guante del señor Fraga estaba en el suelo, al pie de las murallas del Gobierno, en espera de que alguien se agachara a recogerlo, en una escena entre medieval y “made in USA”; y entonces llega el señor Lasuén, muy señor mío, y dice que lo recoge él. ¡Hombre, no! ¡En política, los pesos hay que respetarlos, como en el boxeo! Bien está que el presidente no se meta entre las doce cuerdas con Fraga enfrente y con todo el país en las sillás del ruedo ibérico. Pero, ¡segundos, fuera! ¡Pues menudos sopapos podría darles a los del Centro Democrático don Manuel Cassius Fraga y Clay en los carrillos del señor Lasuén! A lo mejor se estremecían hasta las urnas.

Apenas han brotado los primeros capullos de la democracia en flor y las cifras democráticas son ya casi espeluznantes. Aquí, ya se sabe: o partido único o un partido para cada uno. Los números crecen y los ordenadores están que estallan, como el cruzado mágico de Sarita Montiel. Casi doscientos partidos. Casi veinte coaliciones. Casi seis mil candidatos. Casi sesenta mil berrinches. Nombres y nom-

bres. Entre los nombres hay muchos que parecen tomados, al quince, de las listas telefónicas. Otros, en cambio, se multiplican y reparten. Por ejemplo, ya tenemos cuatro Calvosotelos: uno, en la plaza de Castilla, don José. Otro, don Leopoldo, en la lista de la Unión del Centro. El tercero, don Luis Emilio, en la de Alianza Popular. Y don Joaquín, en “la bolsa de los refranes”.

Más nombres tronantes. El “viejo león” don José María Gil-Robles se va a Salamanca, donde a lo mejor aprende algo de lo mucho que sabe. Su hijo se queda en Madrid, con don Joaquín Ruiz-Giménez, a quien los malévolos del “ancien regime” llamaron “Sor Intrépida”. Rafael Alberti se presenta por Cádiz, y a lo mejor ya le ha pedido el voto a don José María Pemán, que también por estas fechas cumple los ochenta. Convicciones políticas aparte, sería una pena que Rafael Alberti, por disciplina de partido, se convirtiera en “candidato en tierra”. Juan Antonio Bardem—¡Silencio! Se va a rodar—se presenta por el Partido Comunista. Francisco Umbral dirá un día de estos que Lola Gaos es la musa de la candidatura de Unidad Popular. Torcuato Luca de Tena, la rosa en una mano y la espada en la otra, va para senador del Reino. En cambio, don Nicolás Franco ha renunciado a la senaduría como quien rehúsa la mano de doña Leonor AP. Juan Manuel Fanjul (vota Fanjul, vota eficacia) discutió el otro día, frente a frente, en dos páginas de “A B C”, con José María Ruiz Gallardón acerca de si Suárez era o no era elegible, que es como discutir el sexo de los ángeles mientras los candidatos asaltan las listas de Bizancio. Por de pronto, a Pérez de Tudela, el escalador, se le ha resistido—precisamente a él—la lista de AP por Madrid más que la cara difícil del Himalaya. Y así sucesivamente.

Hay otros nombres que parecen títulos de un Episodio Nacional de don Benito, no Mussolini, sino Pérez Galdós. A pesar del luto por don Francisco Javier de Borbón-Parma, los navarros se disponen a tomar el camino de Montejurra, mientras el ministro de la Gobernación los mira severamente ajustándose las gafas desde la pantalla. A Pilar Primo de Rivera la habrán tenido que llevar a la viva fuerza a la torre del homenaje del castillo de la Mota. En cambio, Santiago Carrillo ha llegado tan tranquilo, y tan moderado, y tan obsequioso, a Prado del Rey. Se pide una investigación sobre el bombardeo de Guernica, pero el cuadro de Picasso no se lo trae de Nueva York ni don Marcelino Oreja. Una muchacha desnuda se sube al monumento del Dos de Mayo y se cae antes de que dé tiempo a que la pinte don Francisco de Goya. Y en esas estamos.

Mi bisabuela, que era resabida y cultiparlante, diría que esto parece la casa de Jácome Roque. Pero es que éstos son los primeros vagidos de la democracia en pañales, las primeras yemas de la democracia en flor. Ya ven-